

estrago, de tanta muerte, sentía sólo el ansia infinita de *ella*, de su vista, de su encanto. Anheloso, tendió los brazos á la sirena, la llamó dulcemente, en el mismo idioma de la amada: «Vieni...» La sirena, con hechizo, repitió el llamamiento «Vieni...» Su mano señalaba el rumbo de Italia, el regreso. El corazón de D.

Juan saltaba contra su gola de acero nielado.

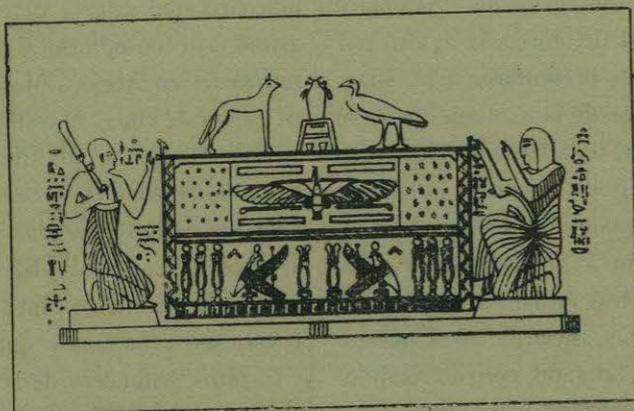
Y he aquí por qué pudo escribir un historiador, refiriéndose á la jornada memorable: «Ninguna victoria mayor, más ilustre y clara; ninguna más infructuosa.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

DARIO HERRERA

Ha regresado á México, con la intención de radicarse entre nosotros, nuestro amigo el distinguido escritor y ex-diplomático panameño D. Darío Herrera, á quien

tuvimos ocasión de saludar hace pocos meses, á su paso por esta Capital. «La Revista Moderna» se complace en saludar nuevamente al distinguido literato.



MIS PINOS DE PALMA

Oh pinos, oh hermanos en tierra y ambiente,
Yo os amo. Sois dulces, sois buenos, sois graves.
Diríase un árbol que piensa y que siente,
Mimado de auroras, poetas y aves.

Tocó vuestras frentes la alada sandalia;
Habéis sido mástil, proscenio, curul,
Oh pinos solares, oh pinos de Italia,
Bañados de gracia, de gloria, de azul.

Sombríos, sin oro del sol, taciturnos,
En medio de brumas glaciales y en
Montañas de ensueños, oh pinos nocturnos,
Oh pinos del Norte, sois bellos también!

Con gestos de estatuas, de mimos, de actores,
Tendiendo á la dulce caricia del mar,
Oh pinos de Nápoles, rodeados de flores,
Oh pinos divinos, no os puedo olvidar!

Cuando en mis errantes pasos peregrinos,
La Isla Dorada me ha dado un rincón
De soñar mis sueños, encontré los pinos,
Los pinos amados de mi corazón.

Amados por tristes, por blandos, por bellos,
 Por su aroma, aroma de una inmensa flor,
 Por su aire de monjes, sus largos cabellos,
 Sus savias, ruidos y nidos de amor.

Oh pinos antiguos que agitara el viento
 De las epopeyas, amados del sol!
 Oh líricos pinos del Renacimiento,
 Y de los jardines del suelo español!

Los brazos eolios se mueven al paso
 Del aire violento que forma al pasar
 Ruidos de pluma, ruidos de raso,
 Ruidos de aguas y espumas de mar.

Oh noche en que trajo tu mano, Destino,
 Aquella amargura que aun es hoy dolor!
 La luna argentaba lo negro de un pino,
 Y fuí consolado por un ruiseñor.

Románticos somos.... ¿quién que es, no es romántico?
 Aquel que no sienta ni amor ni dolor,
 Aquel que no sepa de beso y de cántico,
 Que se ahorque de un pino: será lo mejor.

Yo no. Yo persisto. Pretéritas normas
 Confirman mi anhelo, mi sér, mi existir.
 Yo soy el amante de ensueños y formas
 Que viene de lejos y va al porvenir!

RUBÉN DARÍO.



DILUCIDACIONES

I

El mayor elogio hecho recientemente á la poesía y á los poetas, ha sido expresado en lengua «anglo-sajona» por un hombre insospechable de extraordinarias complacencias con las nueve musas. Un yanqui. Se trata de Teodoro Roosevelt.

Ese presidente de República juzga á los armoniosos portaliras con mucha mejor voluntad que el filósofo Platón. No solamente les corona de rosas; mas sostiene su utilidad para el Estado y pide para ellos la pública estimación y el reconocimiento nacional. Por esto comprenderéis que el terrible cazador es un varón sensato.

Otros poderosos de la tierra, príncipes, políticos, millonarios, manifiestan una plausible deferencia por el dios cuyo arco es de plata, y por sus sacerdotes ó representantes en una tierra cada día más vibrante de automóviles... y de bombas. Hay quienes, equivocados, juzgan en decadencia el noble oficio de rimar y casi des-

aparecida la consoladora vocación de soñar. Este no es ocasionado por el «sport» hoy en creciente auge. Las más ilustres escopetas dejan en paz á los cisnes. La culpa de ese temor, de esa duda sobre la supervivencia de los antiguos ideales, la tiene, entre nosotros, una hora de desencanto que, en la flor de su juventud —hace ya algunos lustros,— sufrió un eminente colega —he nombrado á Gedeón,— cuando, entre los intelectuales de su cenáculo, presentó la célebre proposición sobre «si la forma poética está llamada á desaparecer.» ¡Ah, triste profesor de estética, aunque siempre regocijado y poliforme periodista! La forma poética, es decir, la de la rosada rosa, la de la cola de pavo real, la de los lindos ojos y frescos labios de las sabrosas mozas, no desaparece bajo la gracia del sol. Y en cuanto á la que preocupó siempre á líricos dómynes, desde el divino Horacio á Don Josef Mamerto Gómez Hermosilla, ella sigue, persiste, se propaga y hasta se revoluciona, con justo

escándalo de nuestro venerable maestro Benot, cuya sabiduría respeto y cuya intransigencia hasta deseos me dan de aplaudir. Aplaudamos siempre lo sincero, lo consciente; y lo apasionado sobre todo.

II

No. La forma poética no está llamada á desaparecer, antes bien á extenderse, á modificarse, á seguir su desenvolvimiento en el eterno ritmo de los siglos. Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía, dijo uno de los puros. Siempre habrá poesía y siempre habrá poetas. Lo que siempre faltará será la abundancia de los comprendedores, porque, como excelentemente lo dice el Sr. de Montaigne, y *Azorin* mi amigo puede certificarlo, «nous avons bien plus de poètes que de juges et interpretes de poésie; il est plus aysé de la faire que de la cognoistre.» Y agrega: «A certaine mesure basse, on la peult juger par les preceptes et par art: mais la bone, la supreme, la divine est au dessus des regles et de la raison.»

Quizá porque entre nosotros no es frecuentemente servida la divina, la buena, la suprema, se usa por lo general la «mesure basse.» Mas no hace sino aumentar el gusto por los conceptos métricos. La alegría tradicional tiene sus representantes en regocijados versificadores en casi todos los diarios. El órgano serio y grave, el *Temps* madrileño, tiene es su crítico autorizado, en su Gastón Deschamps, vamos al decir, un espíritu jovial, que á pesar de tareas trascendentales, no desdeña los entretenimientos de la parodia. No asombrará mucho al Sr. Villegas que yo prefiera, en este sentido, el talento del Sr. Pérez Zúñiga. Cada cual en su especialidad.

Quedamos, pues, en que la hermandad

de los poetas no ha decaído, y aun pudieran renovar algún trecentazgo. Asuntos estéticos acaloran las simpatías y las antipatías. Las violencias ó las injusticias, provocan naturales reacciones. Los más absurdos propósitos se confunden con generosas campañas de ideas. Mucha parte del público no sabe de lo que se trata, pues los encargados de informarla no desean, en su mayoría, informarse á sí mismos. El dilectantismo de otros, es poco eficaz en la mediocracia pensante. Una afligente audacia confunde mal aprendidos nombres y mal escuchadas nociones del vivir de tales ó cuales centros intelectuales extranjeros. Los nuevos maestros, se dedican más que á luchar en compañía de las nuevas falanges, al cultivo de lo que los geólogos llaman «appetitus inordinatus propriæ excellentiæ.»

Existe una «élite,» es indudable, como en todas partes, y á ella se debe la conservación de una íntima voluntad de pura belleza, de incontaminado entusiasmo. Mas en ese cuerpo de excelentes, he ahí que uno predica lo arbitrario, otro el orden, otro la anarquía, y otro aconseja con ejemplo y doctrina, un sonriente, un amable escepticismo. Todos valen. Mas ¿qué hace este admirable hereje, este jansenista, carne de hoguera, que se vuelve contra un grupo de rimadores de ensueños y de inspiraciones, á propósito de un nombre de instrumento que viene del griego? ¡Cuándo por el amor griego, se nos debía abrazar! Y ese antaño querido y rústico anfitrión—natural y fecundo como el chorro de la fuente, como el ruiseñor, como el trigo de la tierra,— ¿por qué me lapida, ó me hace lapidar, desde su heredad, porque paso con mi sombrero de Londres ó mi corbata de París? Y á los jóvenes, á los ansiosos, á los sedientos de cultura, de perfeccionamiento, ó simplemente de novedad, ó de antigüedad, ¿por qué se les grita: «¡haced es-

to» ó «haced lo otro!» en vez de dejarles bañar su alma en la luz libre, ó respirar en el torbellino de su capricho? La palabra «whim» teniala escrita en su cuarto de labor un fuerte hombre de pensamiento, cuya sangre no era latina.

Precepto, encasillado, costumbre, clisé... vocablos sagrados. «Anatema sit» el que sea osado á perturbar lo convenido de hoy, ó lo convenido de ayer. Hay un horror de futurismo, para usar la expresión de este gran cerebral y más grande sentimental que tiene por nombre Gabriel Alomar, el cual será descubierto cuando asesine su tranquilo vivir, ó se tire á un improbable Volga en una Riga no aspirada.

El movimiento que en buena parte de las flamantes letras españolas me tocó iniciar, á pesar de mi condición de «meteco,» echada en cara de cuando en cuando por escritores poco avisados, ha hecho que *El Imparcial* me haya pedido las dilucidaciones que hoy inicio. Alégrame el que puede serme propicia para la nobleza del pensamiento y la claridad del decir, esta bella Isla en donde escribo, esta Isla de Oro, que no es, como supone el Sr. Zeda, un limbo; antes bien «es isla de poetas, y aun de poetas que, como usted, hayan templado su espíritu en la contemplación de la gran naturaleza americana,» como me dice en gentiles y hermosas palabras un escritor apasionado de Mallorca y cuyo nombre es altamente estimado en *La Epoca*. No me refiero á D. Aquiles Frago, mi entusiasta admirador... Me refiero á D. Antonio Maura, presidente del Consejo de ministros de Su Majestad Católica.

III

Un espíritu tan penetrante como ágil, un inglés pensante de los mejores, Arthur Symons, expresaba recientemente:

«La Naturaleza, se nos dice, trabaja según el principio de las compensaciones; y en Inglaterra, donde hemos tenido siempre pocos grandes hombres en la mayor parte de las artes, y un nivel general desesperadamente incomprensivo, me parece descubrir un ejemplo brillante de compensaciones. El público en Inglaterra, me parece ser el menos artístico y el menos libre del mundo; pero quizás me parece eso porque yo soy inglés y porque conozco ese público mejor que cualquier otro.» Hay artistas descontentos en todas partes, que aplican á sus países respectivos el pensar del escritor británico. Yo, sin ser español de nacimiento, pero ciudadano de la lengua, llegué en un tiempo á creer algo parecido de España. De esto hace ya algunos años... Creía á España impermeable á todo rocío artístico que no fuese el que cada mañana primaveral hacia reverdecer los tallos de las antiguas flores de retórica, una retórica que aún hoy mismo juzgan aquí imperante los extranjeros. Ved lo que dice el mismo Symons: «Me pregunto si algún público puede ser, tanto como el público inglés, incapaz de considerar una obra de arte como obra de arte, sin pedirle otra cosa. Me pregunto si esta laguna, en el instinto de una raza que posee en sí el instinto de la creación, señala un disgusto momentáneo de la belleza, debido á las influencias puritanas, ó bien simplemente una inatención peor aún, que provendría de ese aplastador imperialismo que aniquila las energías del país. No hay duda de que la muchedumbre es siempre ignorante, siempre injusta; pero, ¿hay otras muchedumbres opuestas con tanta persistencia al arte, porque es arte, como el público inglés? Otros países tienen sus preferencias; Italia y España, por dos especies de retóricas; Alemania exactamente por lo contrario de lo que aconsejaba Heine cuando decía: «¡Ante todo, nada de énfasis!»

Pero yo no veo en Inglaterra ninguna preferencia, aun por una mala forma de arte.» El predominio de esa especie de retórica, aún persistente en señalados reductos, es lo que combatimos los que luchamos por nuestros ideales en nombre de la amplitud, de la cultura y de la libertad.

No es, como lo sospechan algunos profesores ó cronistas, la importancia de otra retórica, de otro «poncif.» con nuevos preceptos, con nuevo encasillado, con nuevos códigos. Y, ante todo, ¿se trata de una cuestión de formas? No. Se trata, ante todo, de una cuestión de ideas.

El clisé verbal es dañoso porque encierra en sí el clisé mental, y juntos perpetúan la anquilosis, la inmovilidad.

Y debo hacer un corto paréntesis, «pro domo mea.» No habría comenzado la exposición de estos mis modos de ver, sin la amable invitación de *Los Lunes de El Imparcial*, hoja gloriosa desde días memorables en que ofreciera sus columnas á los pareceres estéticos de maestros, hoy por todos venerados y admirados. No soy afecto á polémicas. Me he declarado, además, en otra ocasión, y con placer íntimo, el ser menos pedagógico de la tierra. Nunca he dicho: «lo que yo hago es lo que se debe hacer.» Antes bien, y en las palabras liminares de mis «Prosas profanas,» cité la frase de Wagner á su discípula Augusta Holmès: «Sobre todo, no imitar á nadie, y mucho menos, á mí.» Tanto en Europa como en América, se me ha atacado con singular y hermoso encarnizamiento. Con el montón de piedras que me han arrojado, pudiera bien construirme un rompeolas que retardase en lo posible la inevitable creciente del olvido.... Tan solamente he contestado á la crítica tres veces, por la categoría de sus representantes, y porque mi natural orgullo juvenil, ¡entonces! recibiera también flores de los sagitarios. Por lo demás, ellos se llamaban

Max Nordau, Paul Groussac, Leopoldo Alas.

No creo preciso poner cátedra de teorías de aristos. Aristos, para mí, en este caso, significa, sobre todo, independientes. No hay mayor excelencia. Por lo que á mí toca, si hay quien me dice, con aire alemán y con lenguaje un poco bíblico: «Mi verdad es la verdad,» le contesto: «Buen provecho. Déjeme usted con la mía, que así me place, en una deliciosa interinidad.»

IV

Deseo también enmendar algún punto en que han errado mis defensores, que buenos los he tenido, en España. Los maestros de la generación pasada nunca fueron sino benévolos y generosos conmigo. Los que en estos asuntos se interesan, no ignoran que Valera, en estas mismas columnas, fué quien dió á conocer, con un gentil entusiasmo muy superior á su ironía, la pequeña obra primera que inició allá en América, la manera de pensar y de escribir que hoy suscita, aquí y allá, ya inefables, ya truculentas controversias. Campoamor fué para mí lo que testigos eminentes —entre ellos José Verdes Montenegro— pudieran certificar. Castelar me dió pruebas de intelectual estímulo. Núñez de Arce, cuando estuve en Madrid por la primera vez, como delegado de mi país natal á las fiestas colombinas, fué tan entusiasta conmigo, que hizo todo lo posible porque me quedara en la corte. Habló al respecto con Cánovas del Castillo —otro ilustre y bondadoso amigo mío,— y Cánovas escribió al marqués de Comillas solicitando para mí un puesto en la Trasatlántica. Entretanto yo partí. No sin que antes en las tertulias de Valera se aplaudiesen y se criticasen algunos de los que llamaban mis atrevimientos líricos, que eran entonces, lo confieso, muy inocentes, y apenas de un

modesto parnasianismo: «Elogio de la seguidilla,» un «Pórtico» para el libro en «En Tropol,» de Salvador Rueda.— Mis versos fueron bien recibidos la primera vez que hablara ante un público español —fué en una velada en que tomaba parte D. José Canalejas.— Rueda me alababa, no tanto como yo á él. Mas amigos literarios, además de los que he nombrado, se llamaban entonces Manuel del Palacio, Narciso Campillo, el duque de Almenara, el conde de las Navas, D. Luis Vidart, D. Miguel de los Santos Alvarez..... Me apresuro á decir que yo tenía la grata edad de veinticinco años.

Estos cortos puntos de autobiografía literaria son para hacer notar que se equivocan los que afirman que yo he sido bien acogido por los dirigentes anteriores. En esos mismos tiempos mi ilustre amiga Doña Emilia Pardo Bazán se dió la voluptuosidad de hacerme recitar versos en su salón, en compañía del autor de «Pedro Abelardo»..... Y mis aficiones clásicas encontraban un consuelo con la amistosa conversación de cierto joven maestro que vivía, como yo, en el hotel de las Cuatro Naciones. Se llamaba, y se llama hoy en plena gloria, Marcelino Menéndez y Pelayo. El fué, quien oyendo una vez á un irritado censor atacar mis versos del «Pór-

tico» á Rueda, como peligrosa novedad,

... y esto pasó en el reinado de Hugo,
emperador de la barba florida,

dijo: «¡Bonita novedad! Esos son sencillamente los viejos endecasílabos de gaita gallega:

Tanto bailé con el ama del cura,
Tanto bailé que me dió calentura.

Y yo aprobé. Porque siempre apruebo lo correcto, lo justo y lo bien intencionado. Yo no creía haber inventado nada.... Se me había ocurrido la cosa como á Valmajour el tamborilero de Provenza.... O había «pensado musicalmente,» según el decir de Carlyle, esa mala compañía.

Desde entonces hasta hoy, jamás me he propuesto ni asombrar al burgués, ni martirizar mi pensamiento en potros de palabras.

No gusto de «moldes,» nuevos ni viejos.... Mi verso ha nacido siempre con su cuerpo y su alma, y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir, siempre bajo el divino imperio de la música, —música de las ideas, música del verbo.

RUBÉN DARÍO.

Mallorca.

(De «El Imparcial,» de Madrid).





SCHUMANN

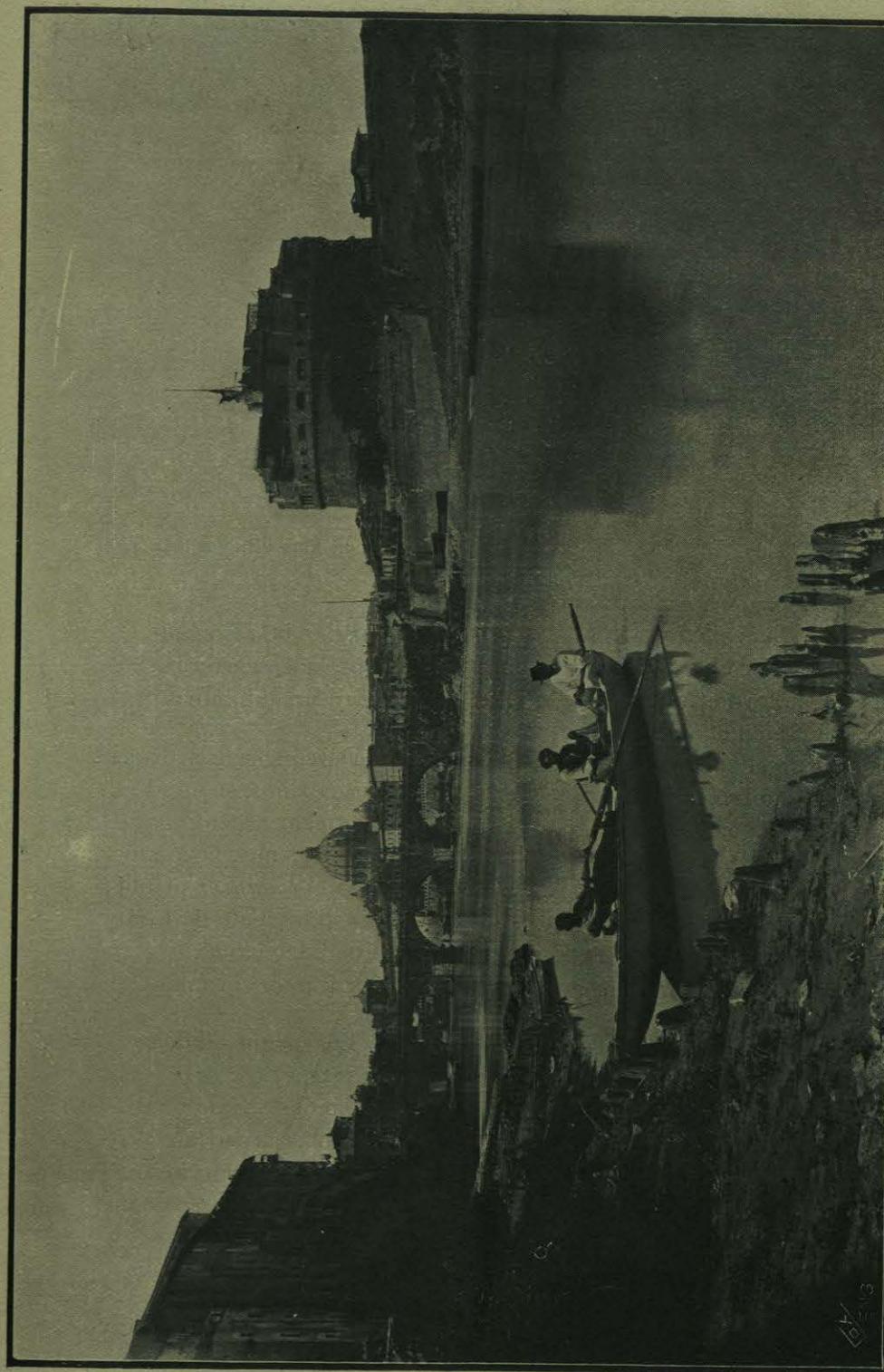
En la tarde purpúrea, fugazmente, en la barca,
se levanta un murmurio trémulo y susurrante,
y un estudio sinfónico se despierta exultante
y mi espíritu vibra y mi dorso se enarca.

Es la canción de Circe que mi infortunio abarca
y que rinde á su hechizo mi libertad errante,
entretanto que Schumann, humano y sollozante,
arrastra mis dolores á flor del agua zarca.

Es la canción, sirena, con que me encadenaste,
es la canción tremenda que jamás alma humana
hizo con más bravura en un tono menor;

es la canción piadosa en que te transformaste
para mi sed de amor, en la Samaritana,
y de beber me diste el arte y el amor!

RUBÉN M. CAMPOS.



Castello de San Angel. Roma.



Amado Nervo.

VISION

(Del próximo libro "En voz baja.")

Melancólicamente,
al tornar el rebaño,
en la tarde tranquila,
dilata en el ambiente,
sobre el paisaje hurano,
con un intermitente
sonido que hace daño,
su retintín la esquila.

Dirígense al paseo
los ciegos del hospicio,
seguidos de un hermano
que con leve siseo
va rezando el Oficio,
mientras el parloteo
de la turba sin juicio
despierta el eco vano.

El ala pasajera
de nubecilla errante,
proyecta sombra móvil
sobre la carretera,

por donde, resonante,
aparece en carrera
febril un automóvil.

Desconcierto provoca
en los niños, su agudo
rezumar repentino,
mientras que, visión loca,
pasa el *chauffeur* peludo,
con su aspecto de foca
ó de buzo lanudo,
devorando el camino. . . .

Los ciegos olfatean
la estela *capitosa*
del monstruo; la pupila
dilatan; parpadean
con rapidez nerviosa,
y, al fin, quietos pasean
su noche misteriosa
por la tarde tranquila.

AMADO NERVO.



LA EMOCION DE LAS FLORES

De H. Cazalis.

En las noches de estío las flores tiemblan como seres
Sensitivos, y sueñan con abandono de mujeres.
Sufren como las almas que han inquietado los deseos
Y evocan holocaustos, los misteriosos himeneos
Donde van á morir. Las flores tienen el encanto
De las bellas pupilas enternecidas por el llanto.
Cual senos femeniles en los crespones del corpiño,
Laten las blancas rosas con la blancura de su armiño;
La noche es entreabierto corpiño lleno de esplendores
Y de sombras en donde sueñan palpitantes las flores.
Y cuando algún insomne ruiseñor en la noche bruna
Canta y muere por ellas bajo el hechizo de la luna,
Es que ha visto sus senos de perfumados alabastros
Locamente ofrecerse á las caricias de los astros.

RAFAEL LÓPEZ.